

ISSN 2007-1620

# Humanitas

Universidad Autónoma de Nuevo León  
Anuario del Centro de Estudios Humanísticos

Años 47, No. 47, Vol. III  
Enero-Diciembre 2020

*Letras*



UANL®

# FORMACIÓN INTELECTUAL DE ALFONSO RANGEL GUERRA: UNA LECTURA DE SUS PAPELES PRIVADOS

Víctor Barrera Enderle\*  
Universidad Autónoma de Nuevo León

**Resumen:** En 1955, Alfonso Rangel Guerra (Monterrey, 1928-Íbidem, 2020) se hizo cargo, por invitación de Raúl Rangel Frías, de la edición del volumen conmemorativo Páginas sobre Alfonso Reyes, que la Universidad de Nuevo León preparaba para celebrar los cincuenta años como escritor del autor regiomontano.

---

\* Víctor Barrera Enderle (Monterrey, 1972). Escritor. Trabaja con diversos registros, como el ensayo, la crítica, la historiografía de la literatura, la crónica, el diario, el diálogo, la epístola y la biografía. Obtuvo el Certamen Nacional de Ensayo “Alfonso Reyes” en 2005, y el Premio Internacional de Ensayo “Ezequiel Martínez Estrada” en 2013. En 2017 fue reconocido con el Premio a las Artes por la Universidad Autónoma de Nuevo León en el área de Artes Literarias. Fue director de la revista Armas y Letras y Coordinador del Centro de Escritores de Nuevo León. Ha publicado, entre otros, los siguientes libros: *De la amistad literaria*, *Lectores insurgentes*, *La formación de la crítica literaria hispanoamericana (1810-1870)*, *El centauro ante el espejo (Charlas y apuntes sobre el ensayo)* y *La conquista de la vocación. Vida de Alfonso Reyes entre ensayos*. Escribe mensualmente su columna “Aristarquía” en la revista *Levadura* (revistalevadura.mx). Se desempeña como investigador de tiempo completo en la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores.

Este proyecto editorial lo puso en contacto personal y epistolar con Alfonso Reyes, comenzando así una amistad literaria que impulsaría la formación como escritor y humanista de Rangel Guerra. Un año más tarde comenzaría la redacción de su Diario, cuyo primer cuaderno cubriría los primeros meses de ese año. En este ensayo describiré las estrategias desplegadas por Alfonso Rangel Guerra para consolidar su formación intelectual: planes de lectura, redes de comunicación, escritura ensayística y proyectos editoriales; y al mismo tiempo analizaré las transformaciones materiales para la consolidación de los estudios humanísticos en la región noreste de México.

**Palabras clave:** formación intelectual, diario, autorrepresentación, redes intelectuales, Alfonso Rangel Guerra.

## **El intelectual como sujeto (y objeto) de definición**

COMENZARÉ ESTAS LÍNEAS con una obligada batería de preguntas de base: ¿cuáles son los procesos de una formación intelectual, además de la instrucción escolar? ¿Qué tipo de estrategias críticas se requieren para la constitución de este tipo de individualidad? En el caso latinoamericano, ¿cuáles serían las particularidades de esta “educación alternativa”? ¿Cómo y bajo qué circunstancias surge y se consolida la figura del intelectual en nuestro medio? Ahora bien, dicho lo anterior, continúo con mi cuestionamiento, ampliándolo un poco más: ¿cómo se traslada e implanta esa configuración en un espacio alejado de las capitales políticas (y simbólicas)? Es decir: ¿cuál es el papel de este actor social en las regiones (esos espacios marginalizados de los relatos fundacionales de “lo nacional”)?

Dicho lo anterior, es posible deducir y revelar las motivaciones que han impulsado este ensayo: seguir el rastro de una trayectoria intelectual concreta, en este caso la de Alfonso Rangel Guerra, para, a partir, de ahí describir una serie de procesos y articulaciones del campo cultural e intelectual mexicano de los años cincuenta y su repercusión en la modernización de los estudios literarios en la región. Me gustaría, por tanto, poner la lente en prácticas y modos de lectura y de ordenación crítica y tratar de dar cuenta de su repercusión en los mecanismos de un campo cultural específico.

Antes de proseguir, me parece importante definir (y delimitar) brevemente el concepto de intelectual y su función a lo largo de la historia moderna. En su famoso ensayo de 1924 *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Antonio Gramsci se cuestionaba si estos personajes formaban un grupo social autónomo o si cada grupo producía su capa intelectual. Finalmente lo dividía en dos categorías: a) el tradicional (profesores, sacerdotes, administradores, etc.), que desempeña el mismo papel de generación en generación; y b) el intelectual

orgánico: conectado a un fin “externo”, del cual se sirve para lograr algún objetivo (sea organizar intereses, aumentar el poder y acentuar el control que ya ejercen). Los primeros serían pasivos; los segundos, activos y conectados al contexto.

Para Gramsci, todo grupo social (al nacer en el mundo de la producción económica), crea, de manera orgánica, una o más capas intelectuales (que le otorgan homogeneidad y conciencia de sus propias funciones). En sus palabras: “Se podría decir, pues, que todos los hombres son intelectuales; pero no todos los hombres tienen en la sociedad la función de intelectuales”. (Gramsci, 1968: 31)

Por su parte, el crítico palestino Edward Said, en *Representaciones del intelectual*, se preguntaba quiénes eran estos individuos y si constituían un grupo muy amplio. Retomando a Gramsci lanzaba su propia interpretación:

... pero a mí me gustaría insistir también en la idea de que el intelectual es un individuo con un papel público específico en la sociedad que no puede limitarse a ser un simple profesional sin rostro, un miembro competente de una clase que únicamente se preocupa de su negocio. Para mí, el hecho decisivo es que el intelectual es un individuo dotado de la facultad de representar, encarnar y articular un mensaje, una visión, una actitud, filosofía u opinión para y a favor de un público.

Este papel tiene prioridad para él, no pudiendo desempeñarlo sin el sentimiento de ser alguien cuya misión es la de plantear públicamente cuestiones embarazosas, contrastar ortodoxia y dogma (más bien que producirlos), actuar como alguien al que ni los gobiernos ni otras instituciones pueden domesticar fácilmente, y cuya razón de ser consiste en representar a todas esas personas y cuestiones que por rutina quedan en el olvido o se mantienen en secreto. (Said, 1996: 29-30).

Concuerdo con esta definición; pero añado algo más: el intelectual formado en los espacios marginales de Occidente (como en el caso latinoamericano) se enfrenta a otros dilemas y otras demandas, menciono un solo ejemplo: las relaciones de poder de una geopolítica que impone y descarta conocimientos, que utiliza la violencia, la censura y la coerción como prácticas cotidianas. El vínculo entre este grupo específico y el poder político (alianzas, subordinaciones, rebeliones) ha sido estudiado por críticos como Ángel Rama (tal vez el primero en proponer una cartografía de la historia del intelectual latinoamericano), destacando su papel de mediador (para bien y para mal) entre la cultura letrada (jurídica, política, estética) y el heterogéneo espectro social.

Carlos Altamirano, por su parte, ha descrito el desarrollo de la historia intelectual en América Latina como una derivación de la historiografía política y liberal del siglo XIX, concentrada en narrar la gestación del estado-nación y su camino hacia el progreso. Otro especialista en el tema, Elías Palti, ha demostrado el vínculo de esta materia con la historia de las ideas, destacando el papel fundacional de Leopoldo Zea en este proceso y, al mismo tiempo, ha señalado la necesidad de ir más allá del trabajo meramente cronológico o esquemático: “En definitiva, de lo que se trata es de explorar ese mucho más complejo entramado conceptual que se nos abre una vez que logramos trascender las limitaciones de los enfoques centrados en la superficie textual de los discursos (las ideas)”. (Palti, 2007: 304)

Tenemos, así, una entreverada historia de estrategias y desplazamientos en espacios geográficos y simbólicos (dependiendo, en cada etapa, de su relación con los poderes políticos, militares, religiosos y económicos): movimientos de piezas en un tablero de ajedrez. En el contexto latinoamericano, podríamos afirmar, de manera sucinta, que el desarrollo de este

personaje pasó del rol administrativo durante la colonia, al del “hombre de letras” decimonónico y de ahí al promotor e impulsor de las reformas educativas y culturales de la primera mitad del siglo XX.

Dicho lo anterior, podríamos preguntarnos si estas distintas prácticas han dado como resultado la configuración de algún tipo de metodología. Es decir, si ha actuado siguiendo algunos procedimientos preestablecidos. Dejando de lado, por un momento, las particularidades propias de cada época y región, sería entonces factible encontrar algunas constantes. Regreso con Said:

El intelectual actúa de esta manera partiendo de los siguientes principios universales: todos los seres humanos tienen derecho a esperar pautas razonables de conducta en lo que respecta a la libertad y la justicia por parte de los poderes o naciones del mundo; y: las violaciones deliberadas o inadvertidas de tales pautas deben ser denunciadas y combatidas con valentía. (30)

El crítico palestino tenía en mente, seguramente, el tristemente célebre caso Dreyfus y el histórico artículo de Émile Zola “*J'accuse*”, publicado, en la primera plana del periódico *L'Aurore*, el 13 de enero de 1898, donde denunciaba los abusos de poder y el antisemitismo en el proceso judicial entablado contra el capitán Alfred Dreyfus, acusado injustamente de traición y espionaje. Por desgracia, no todos los intelectuales han actuado así ante situaciones similares...

La interpretación no se queda sólo en los asuntos exteriores. El intelectual también se representa a sí mismo, en una relación mezclada y compleja entre lo público y lo privado. No existe, por tanto, un intelectual privado, pero tampoco es enteramente público. Es (o solía ser) “figura pública”: alguien que emite un punto de vista y posee una vocación para el arte de representar,

ya sea hablando, escribiendo, enseñando o apareciendo en la televisión (y ahora en los medios digitales). En ese punto, Said era categórico: “El objetivo de la actividad del intelectual es hacer progresar la libertad y el conocimiento humanos”. (35) Y lo decía a pesar de la crítica postmoderna a las grandes narrativas, entre ellas, las ideas de progreso y libertad. Pues todavía no hemos alcanzado los ideales de modernidad, ni hemos arribado a sus metas: sus problemas y preocupaciones siguen vigentes de muchas maneras.

Las representaciones intelectuales son la actividad misma, dependiente de un tipo de toma de conciencia que es escéptica, comprometida, inquebrantablemente consagrada a la investigación racional y al enjuiciamiento moral; y esto pone de relieve al individuo y lo interpela. Conocer cómo se debe usar correctamente el lenguaje y cuándo intervenir en el lenguaje son dos rasgos esenciales de la acción intelectual. (Said, 1996: 37)

Esa representación, entonces, conlleva, de manera implícita, los procesos de su propia formación (estrategias narrativas de representación y de autorrepresentación). Seguir esos rastros nos puede llevar de manera directa al estudio de las formas en que el conocimiento se produce, reproduce y se socializa. Al hablar de formación e implicar una serie de procesos (tanto individuales como colectivos), he sugerido el carácter histórico de este tipo de sujeto.

Su desarrollo y evolución plantea algunas interrogantes urgentes sobre las que volveré al final de este ensayo, por ahora me pregunto: ¿qué representa hoy el intelectual? ¿Estamos ante la extinción de esta figura histórica? Evidentemente, su presencia e influencia ha decaído (para bien y para mal) ante los embates de la globalización, la pérdida de hegemonía del Estado-nación, el desarrollo de las tecnologías de la



comunicación (y el florecimiento de Internet y las redes sociales), los estallidos y las revueltas sociales, que han cuestionado severamente las formas de representación y mediación (entre ellas, la intelectual y su voluntad de “hablar por los demás”). Pero ¿hemos resuelto sus preocupaciones primordiales? La pregunta, me temo, quedará abierta por un buen tiempo.

Estas tentativas de definición me sirven como preámbulo para abordar la formación intelectual del ensayista, crítico, educador y funcionario Alfonso Rangel Guerra: un proceso que presenta los aspectos generales del proceso y, al mismo tiempo, particularidades propias de un contexto concreto.

### **La vida como ensayo y el ensayo como vida**

Nacido al final de la década del veinte, Rangel Guerra vivió su infancia en una ciudad que se transformaba de manera vertiginosa. El 1933 se creaba, de manera efímera, la llamada Universidad del Norte como respuesta a una serie de acciones, políticas e intelectuales, en las que intervinieron figuras de la talla de Alfonso Reyes y Pedro de Aba. Desde Brasil, donde era a la sazón embajador, Reyes enviaba su “Voto por la Universidad del Norte” para dejar en claro que una institución de esa índole debería ir más allá de la simple instrucción o formación de profesionistas: “Entiendo más bien que la creación de nuestra Universidad significa un cambio de acento en la atención pública: -la cultura, que antes había crecido como al lado, pasará a constituir el núcleo, el meollo”. (Reyes, 1996: 453)

La educación superior sería, en la lectura del afamado escritor, un medio para equilibrar fuerzas y poderes en una región dominada por el desarrollo empresarial e industrial. El humanismo se convertiría (o debería convertirse) en una estrategia crítica para equilibrar fuerzas.

Los estudios profesionales provenían, en Nuevo León, de las llamadas carreras liberales (la abogacía y la medicina), que se ejercían en escuelas separadas y del Colegio Civil, fundado en la época de la Reforma, con el propósito de impulsar y revitalizar la enseñanza laica, liberal y racional. El proyecto de la Universidad buscaba, al mismo tiempo, recoger esa tradición, para además cohesionar y modernizar la educación superior. Este anhelo cristalizó finalmente en la década del cuarenta, con la apertura definitiva de la Universidad de Nuevo León y la paulatina implantación de diversos dispositivos para alcanzar tales fines: publicaciones, cursos y un ambicioso programa de extensión cultural. En todos ellos, las humanidades jugarían un rol central.

Alfonso Rangel Guerra formó parte de las primeras generaciones de egresados de la Universidad de Nuevo León, con una malla curricular que incluía, además de las clases de bachillerato y de la carrera de Derecho, los cursos de la Escuela de Verano, el magisterio heterodoxo de los transterrados españoles<sup>1</sup> y el proyecto pedagógico y humanista de Raúl

---

<sup>1</sup> Uno de ellos fue el librero y promotor Alfredo Gracia Vicente, que llegó a Monterrey en la década del cuarenta. Cuando murió, en los años noventa, Rangel Guerra registro en su *Diario* (en la entrada correspondiente al 29 de marzo de 1996) la siguiente evocación que sirve para ilustrar el ámbito cultural regiomontano del medio siglo: “Lo conocí hace muchos años, no sé cuántos. Fue cuando yo era estudiante de Derecho y la Librería Cosmos estaba por la calle Morelos, junto al Banco Mercantil. La Librería Cosmos fue toda una institución en la ciudad: el lugar donde podía encontrarse libros de gran calidad, autores de filosofía, historia y literatura. Ahí me hice de muchos títulos, los cuales todavía hoy me enorgullece poseer. Era un sitio muy agradable, espacioso, donde uno descubría ediciones españolas y sudamericanas. Todo esto se debía al buen oficio de librero que ejerció siempre Alfredo Gracia; su apoyo a los artistas, su participación en los eventos culturales”. (2020:119)

Rangel Frías. Una red intelectual que operaba al interior y al exterior de la institución. En el contexto de la historia de la educación regional, hablo concretamente del periodo que va de la transición del antiguo Colegio Civil a la nueva Universidad, y que, básicamente consistía, como ya he sugerido, en la transformación de la educación liberal a la instrucción especializada<sup>2</sup>.

De ahí, su temprana aspiración a ser algo más que un abogado; los medios para convertirse en un intelectual estaban a su alcance, además de un peculiar modo de escritura: el ensayo, que representaría el mejor medio para relacionar los diversos campos de su interés y sus múltiples conexiones con el devenir de la propia existencia. La performatividad de la escritura ensayística como metáfora de los vaivenes de la vida.

El año crucial de este proceso educativo fue 1955, cuando, entre otros acontecimientos, Rangel Guerra entró en contacto epistolar con Alfonso Reyes. Desde 1952, se desempeñaba como secretario de la recientemente fundada facultad de Filosofía y Letras; pero ahora sus actividades se ampliaban y diversificaban considerablemente. En una carta, fechada 2 de febrero de ese año, el joven abogado se presentaba de esta manera ante el autor de *Visión de Anáhuac*: “Desde el pasado mes de enero me hice cargo del Departamento Editorial, por lo que el Lic. Rangel Frías me habló de la publicación de los

---

<sup>2</sup> Gramsci, en su ya referido ensayo, señalaba que la “escuela es el instrumento para formar a los intelectuales de las diversas categorías. La complejidad de la función intelectual en los diferentes Estados puede medirse objetivamente por la cantidad de escuelas especializadas y por su jerarquización: cuanto más extendida es el área escolar y cuanto más numerosos son los *grados verticales* de la escuela, más complejo es el mundo cultural, la civilización de un determinado Estado”. (Gramsci, 1968: 37. El subrayado es suyo.)

artículos ‘A. R. y su jubileo literario’ y ‘De mi vida y obra’, así como de *Cosechas de opiniones* que les sigue, todo lo cual forma un volumen que se editará por separado”. (Rangel Guerra, 2019: 9)

A partir de aquí se establecería una alianza intelectual de suyo provechosa para el novel ensayista. El resultado sería la publicación de *Páginas sobre Alfonso Reyes*, un volumen doble que recogía buena parte de la crítica y comentarios de la obra alfonsina a lo largo de cincuenta años.

Hacia tiempo que Rangel Guerra había entrado al ámbito universitario y al de la prensa (o, como también la llamo, el de la crítica pública), a través de artículos y reseñas para *Vida Universitaria* (órgano de difusión de la Universidad de Nuevo León), *Armas y Letras*, el boletín *Interfolia*, el periódico *El Norte* y, más adelante, en las páginas de la revista *Kátharsis* (que agruparía a varios escritores y artistas de su generación).

Ya había escrito y defendido su tesis y comenzaba su vida profesional. ¿Cuál fue el motivo por el que Raúl Rangel Frías lo designó a él para hacerse cargo de *Páginas sobre Alfonso Reyes*? Me parece que para aventurar una respuesta es necesario imaginar una red intelectual que transita, conecta y nos encamina a diversos lugares y actividades (y, por supuesto, a diferentes temporalidades): la ya referida Escuela de Verano (a la que Rangel Guerra asistía como público y en calidad de alumno), la facultad de Filosofía y Letras (donde tomaba algunos cursos, varios de ellos impartidos por Rangel Frías, y de cual sería secretario entre 1952 y 1958) y las publicaciones ya mencionadas: *Armas y Letras* y *Vida Universitaria*.

Estas actividades iban encaminadas a la consolidación de su vocación intelectual y manifestaban el deseo de convertirse en un escritor de tiempo completo. Los obstáculos para concretar tal fin no eran pocos, y la necesidad de sortearlos crecía día tras día. Enumero algunos: la urgencia de ponerse al día en materia

de lectura de autores y obras contemporáneas; el deseo de ampliar sus estudios humanísticos (profundizar en los clásicos y acceder a las nuevas teorías); y la búsqueda de interlocutores afines a su vocación. No es casualidad, por tanto, que, por esos días, comenzara la redacción de un diario y amplara su correspondencia: precisaba de la creación de espacios para la reflexión y el conocimiento de su propia circunstancia. El diario le permitiría colocar los acontecimientos, las reflexiones y las emociones en perspectiva crítica.

La reciente publicación de sus *Obras*, realizada por un amplio equipo editorial de la UANL (en el cual me encuentro), ha incluido (o está por incluir), en los volúmenes II, III y IV, su *Diario* y la correspondencia con Alfonso Reyes, María del Carmen Millán y Sergio Fernández. La puesta en circulación de estos papeles privados ha posibilitado la redacción del presente ensayo.

### **Los géneros referenciales: el diario y la carta como registro puntual de una vida en transformación constante**

El académico chileno Leónidas Morales, en su ensayo *La escritura de al lado...*, define a registros de escritura como el diario íntimo y la carta como géneros referenciales, pues en ellos, “al revés de lo que ocurre en los ficcionales como la novela, autor y sujeto de enunciación (o ‘narrador’) coinciden: son el mismo”. (Morales, 2001: 11) Una de las características de estos modos de escritura sería su referente extratextual: personajes y situaciones “reales”, existentes. Hasta hace unas décadas el estudio de estos registros era visto como complementario a los análisis literarios hegemónicos, aquellos que buscaban confirmar la autonomía de la literatura (empoderados por el estructuralismo y sus secuelas).

Morales sostiene que el quiebre, en la segunda mitad del siglo XX, del anhelo de excepcionalidad del arte, propició la revaloración de los géneros referenciales. Para el caso latinoamericano debemos añadir el contexto político adverso: la llegada de regímenes dictatoriales y represiones políticas, censura y destierros. La literatura testimonial adquirió relevancia y su estudio avanzó notablemente en las últimas décadas. (Hasta casi invertir los roles y hacer de la autobiografía el único material para la ficción.)

A pesar de su cercanía, los géneros referenciales presentan divergencias notables. La autobiografía o las memoras, por ejemplo, son proyectos cuya organización (y argumentación) se realizan de manera retroactiva, buscando, por lo general, la creación de un hilo narrativo coherente y teleológico. El diario y la carta, en contraparte, registran día a día procesos de formación (y de transformación) de diversa índole (ideológica, estética, cultura, etc.). La carta es, en rigor, un diálogo privado entre dos interlocutores, lo cual implica la compartición de un contexto y ciertos códigos comunes. Sobre el diario, por ejemplo, Leónidas Morales ha dicho: “es ‘íntimo’ porque es el registro circunstanciado, la crónica de una conciencia ‘íntima’: interior, emocionada, libre en su movimiento, sometida a sus propios límites. Una conciencia que se interroga a sí misma y busca, obstinada, su verdad como una verdad del hombre”. (85)

Como “género de la intimidad” (así también lo designa Morales), el diario revela procesos y se enfrenta con la incertidumbre del devenir cotidiano, debiendo respetar (y someterse) al calendario, como sostenía Blanchot en su clásico ensayo “El diario íntimo y el relato”. Aunque, como toda escritura, crea finalmente su propia temporalidad. Grínor Rojo, al reseñar el *Diario íntimo* de Luis Oyarzún (uno de los grandes cultivadores del género en América Latina), afirma de manera categórica:

...no hay entre los discursos humanos ningún otro que como el diario cuente menos deliberadamente y con menos retoque las peripecias que son circunstanciales a la construcción del sujeto de la escritura. En su diario de vida, ese sujeto anota el testimonio casi inmediato y forzosamente fragmentario de su llegar a ser. Más todavía: en el diario convergen y se combaten el proyecto con la realidad, la pretensión con la evidencia. El que escribe un diario lo hace para informarse a sí mismo (y, en última instancia, al mundo entero) sobre la clase de vida que ha decidido llevar tanto como sobre las fortunas y trabajos a los que él va teniendo que enfrentarse durante el proceso de la construcción de esa vida. (Rojó, 1996: 127)

Alfonso Rangel Guerra comenzó a llevar un diario al iniciar el año de 1956. Muchas cosas habían pasado durante los últimos meses. La ya referida edición del libro jubilar sobre Alfonso Reyes (cuyo primer volumen se había publicado en noviembre), la escritura de ensayos de más largo aliento (como el que había presentado en la Escuela de Verano sobre la idea de la historia en el autor de *Visión de Anáhuac* y “Dolor y poesía en César Vallejo”, que aparecía en febrero en la revista *Kátharsis*), la cátedra de Literatura Mexicana en el Colegio Civil (donde, además, era ahora director). Las primeras líneas, apuntadas el 31 de enero, daban cuenta de estas transformaciones: “Mañana termina el primer mes del año.

En estos días que acaban de pasar, he visto aumentar mis ocupaciones, pues ahora me toca estar al frente de una de las preparatorias del Colegio Civil”. (2020: 9) Casi la totalidad de esa entrada habla de los nuevos desafíos educativos: el crecimiento de la población escolar y la necesidad de la Universidad de modernizar y homogeneizar sus planes de estudio. Este aspecto representa otra de las particularidades: el rol pedagógico del intelectual latinoamericano, sobre todo en

periodos de reestructuración social, como el que se experimentaba por esos días en la región.

La siguiente entrada recogía sus impresiones tras asistir a la puesta en escena, en el Aula Magna del Colegio Civil, de *La cocina de los ángeles*, de Albert Husson (y montada por José de Jesús Aceves<sup>3</sup>): Rangel Guerra destaca la labor del director en el trabajo actoral: “La obra es magnífica. Tiene una agilidad ininterrumpida de principio a fin y guarda un equilibrio entre escena y escena, lográndose con parlamentos bien estructurados mantener la atención del público”. (10) Y a continuación remata: “Es de esperarse que esta visita de Aceves a Monterrey deje sus frutos, sobre todo en el Teatro Universitario, por recibir de cerca sus indicaciones y consejos”. (11) El deseo de modernizar la cultura local está presente en cada una de las páginas de este breve cuaderno.<sup>4</sup>

El joven ensayista no fue un diarista meticuloso: acudía a su diario de manera irregular, sea por el exceso de a carga laboral o por distracciones de otra índole. Pero cuando lo hacía, siempre había un detonante: alguna lectura, alguna idea que había

---

<sup>3</sup> José de Jesús Aceves había estrenado *La cocina de los ángeles* en abril de 1953 en el Teatro Caracol de la Ciudad de México.

<sup>4</sup> Así lo podemos constatar en la ácida e irónica carta que le envía a Sergio Fernández el 8 de noviembre de 1957: “Los capitalinos me dan envidia (usted también queda comprendido) porque tienen a su alcance todas esas obras de teatro que tanto deseo ver. Sobre todo dos: *Asesinato en la catedral* y *Réquiem para una monja*. Traigo esto a cuenta porque me dice que vio la primera de éstas. La segunda, de Faulkner, estuvo a punto de ser traída a Monterrey; pero el recto criterio, la decente actitud, la impar preocupación por el alimento espiritual de este pueblo que tienen los dirigentes del [Teatro] Montoya, decidió que definitivamente no se presentara en esta ciudad; no se fueren a lesionar las tiernas cabecitas e inocentes oídos de nuestras gentes, tan provincianas y ajenas a esos crudos problemas e indecentes palabras que se manejan en obra tan ‘dura’, tan audaz que pareciera embeleco mismo de Satanás”. (2019: 336)



surgido de pronto. Su interés principal: dar cuenta de los acontecimientos que habían significado algo diferente a la rutina diaria, en pocas palabras: registrar el proceso de su propia formación y reflexionar al respecto. Lo mismo acontece con su correspondencia. Dependiendo del destinatario, iba mostrando ideas y concepciones sobre el trabajo literario. En sus cartas a Reyes, el tono iba del respeto y admiración hacia la paulatina confianza.<sup>5</sup> El autor de *El deslinde* representaba para él un modelo y un ideal: un paisano que supo abrirse camino y conquistar su vocación.

En contraste, las misivas dirigidas a María del Carmen Millán y Sergio Fernández dejaban ver la complicidad de los gustos e intereses compartidos: ponerse al día en los estudios literarios, adentrarse en el universo de la novela moderna y experimental (que ya circulaba, en el ámbito hispanoamericano, gracias a las traducciones y editoriales mexicanas y argentinas, y que él podía adquirir en la bien surtida Librería Cosmos, del librero español Alfredo Gracia Vicente) y tratar de dedicarse a las letras de tiempo completo.<sup>6</sup>

---

<sup>5</sup> Un ejemplo de esta “relación formativa” está en la carta que Rangel Guerra le envía a Reyes el 24 de septiembre de 1955 donde le agradece la corrección de su ensayo “Alfonso Reyes y su idea de la Historia”: “Muchas gracias por *El plano oblicuo*, y muchas gracias también por las indicaciones que se sirvió hacer en las páginas que le mandé sobre lo del Ciclo Alfonsino que, tal como supuse, necesitaban un toque aun en los detalles más pequeños. Y creo que todavía ha sido usted muy generoso conmigo”. (2019: 100)

<sup>6</sup> A Sergio Fernández le agradece, el 1 de noviembre de 1956, la recomendación de la narrativa de Virginia Woolf y el envío *La señora Dalloway*: “Lo terminé hace unos días y me ha dejado un sabor extraño, quiero decir, un sabor no probado antes pero que sin embargo me resultó agradable”. (2019: 304) Y unos días más adelante, el 17 del mismo mes, le escribe para informarle de sus pesquisas sobre la bibliografía de la autora británica: “porque a mí me sucede, al entablar contacto con un escritor que me atrae, que nace la necesidad ineludible de adquirir toda su obra para poder llegar a conocer todas sus caras, aunque, claro es, pasará todavía algún tiempo antes de que pueda abarcar completamente esas lecturas”. (309)

El establecimiento de estos vínculos críticos se confirma en la entrada de su *Diario* correspondiente al 2 de febrero. Ahí consignaba el arribo de una carta de Emmanuel Carballo en donde constatamos la ampliación de la red intelectual al comenzar la distribución de *Páginas sobre Alfonso Reyes* y, al mismo tiempo, el inicio de una reflexión sobre la función de la crítica en el ámbito público de México:

Hoy recibí carta de Emmanuel Carballo. Me acusa recibo del reciente libro *Páginas sobre Alfonso Reyes*, el cual le envié. Más que una carta, son unas breves líneas, pero al final encuentro algo de valiosa mención. Dice Emmanuel: “Poco le puedo decir de mí. Trabajo mucho y en cosas que no me agradan del todo. Soy un eficiente albañil de las letras. Antes escribía por gusto, hoy escribo por necesidad. Si poseyese la virtud de la disciplina podría hacer al margen de notas y reseñas, la obra que tanto ambiciono...”. ¡Cuánta verdad en tan pocas palabras!

Esto es, en definitiva, la expresión de una amarga realidad aprisionante en lugares que bien podrían ocuparse después o por otras personas. Pero la necesidad se presenta siempre con un ropaje cotidiano, desarma y obliga a seguir adelante con el único resultado de ver al fin del camino el sacrificio de un futuro posible si se lograra ensanchar los márgenes para llevar adelante lo que se siente palpitar dentro. Inútil espera, porque esto nunca se podrá hacer. Habremos de seguir entregando los mejores momentos a la rutina –y a lo más percedero de nuestra vida– para poder merecer de tiempo en tiempo un trozo verdadero de existencia.

Hace mucho, Alfonso Reyes dijo que en México la letra se escribe con sangre. Podrían darse a esta frase varios sentidos, pero, desde mi perspectiva, pretende establecer

claramente las condiciones circundantes, señaladas por Carballo. ¿No es el mismo Alfonso Reyes quien nos dice en una de sus páginas mejores sobre sus libros, al referirse a una negativa de su padre cuando un amigo llamó al pequeño escritor “poeta”, que se requiere la actividad práctica en las sociedades poco evolucionadas? (Rangel Guerra, 2020: 11-12)

Dos días más tarde, el 4 de febrero, apuntaba sus impresiones sobre una conferencia que José Alvarado había dictado en el Colegio Civil a propósito de la Revolución mexicana (estamos, no hace falta recordarlo, en un periodo de revisión y crítica de los alcances de la contienda):

Trató Alvarado en esa última plática –porque, a decir verdad, sus conferencias no requieren la exposición sistemática ni la presentación rigurosa de los problemas a tratar; más bien, “charlas, comentarios y pláticas” podría ser el título de su actuación frente a esa mesa de conferenciante, pues al momento de ocuparla se nos antoja la de algún café o algún bar, la cual deja en toda su plenitud una libertad completa de expresión, a ratos convertida en diálogo-. (12)

Esos primeros apuntes de su *Diario* ofrecían, también, la crónica puntual de la visita de Alfonso Reyes a la ciudad en abril para dictar algunas conferencias sobre la función de la crítica literaria (el título final fue “El concepto de la crítica”, una derivación de su ensayo “Aristarco o anatomía de la crítica”, incluido en *La experiencia literaria*). Desde las butacas del Aula Magna, el joven Rangel Guerra escuchaba la charla emocionado y registraba en la entrada del 27 de abril: “A los sesenta y siete años de edad, pudo dictar una conferencia en un local grande como lo es el Aula Magna para un caso como éste, y llenarlo

todo con su figura y su voz, aumentadas maravillosamente por la riqueza de su palabra”. (19)

Y más adelante dejaba constancia de la influencia que ejercía el autor de *Visión de Anáhuac* en su generación y en su propia formación intelectual:

Su presencia en Monterrey no pasa desapercibida para nosotros. Sabemos que el diálogo con él, si breve, nos dejará el regalo de espíritus selectos. Por eso, antes de su partida de la ciudad, procuraremos verlo quienes no pudimos hablar con él el sábado pasado. (20)

La charla con el ensayista lo animó a discutir sus propias lecturas de Croce, de Pfeiffer y del recientemente aparecido *El arco y la lira* de Octavio Paz. Al preguntarle a Reyes por alguna guía posible, éste le respondió: “No creo en los catequismos. Cada quien se salva solo” (22), afirmando con ello la importancia de juicio crítico propio. Rangel Guerra tomó nota y apuntó a continuación: “Esta y no otra, como ya dije, era la única respuesta posible”. (22)

Después de un viaje académico a Zacatecas (apara dictar una conferencia sobre Reyes<sup>7</sup> en los cursos de primavera organizados por el gobierno de ese estado y el Seminario de Cultura Mexicana), regresó a Monterrey para encontrarse con la noticia de la trágica muerte del maestro Francisco Zertuche (probablemente el más importante académico de literatura de aquella época, formado en la Escuela de Altos Estudios y precursor de la Escuela de Verano). En la entrada del 7 de mayo de 1956, la última de ese primer cuaderno de su *Diario* volcó sus impresiones y escribió con asombro:

---

<sup>7</sup> La conferencia se titulaba “Alfonso Reyes y su idea de la historia”, la cual Rangel Guerra ya había presentado en el Ciclo Alfonsino organizado por la Universidad de Nuevo León en agosto de 1955.

Vi al maestro Zertuche por última vez el lunes 30 de abril, justo antes de salir para Zacatecas, en la Facultad de Filosofía. Daba él su clase y me despedía con un gesto de la mano, pero se levantó para venir hasta mí. Me dio su mano, me deseó buen viaje y me hizo algunos encargos de la Escuela de Verano. No sabía que ésa sería la última vez que lo vería. Cuando desaparecen personas como el maestro Zertuche es cuando uno ve como un imposible lo patente e innegable. (28)

E inmediatamente después evocaba la figura del maestro y sus aficiones literarias:

Era el Maestro Zertuche de mediana estatura, color blanco y pelo castaño. Con una nariz un tanto aguileña, su conjunto facial sereno proporcionaba a su rostro cualidades de simpatía en armonía con su carácter, su fina sensibilidad y su cortesía extrema, propia de épocas pasadas. Gustó las letras castellanas; el estudio de Cervantes y el Siglo de Oro español fueron su ocupación cotidiana. Buen conocedor de su lenguaje, solucionó en más de una ocasión las dudas que sobre esto yo le planteaba continuamente. Un tanto desordenado en sus costumbres, tenía el espíritu bohemio, con un deseo hincado de vivir el momento plenamente.

Esta temperatura sentimental ascendía conforme su cuerpo se bañaba en los vapores en que se envolvía, agudizando su cortesía, su sensibilidad y su receptividad de lo poético en el entorno, así como lo desagradable mundano que encontraba a su paso. Totalmente desprendido de los bienes materiales, en más de una ocasión dio sus bienes personales a amigos y desconocidos. Los libros de su biblioteca salían para nunca regresar y varias veces pagó deudas ajenas. Así era el maestro Zertuche, con su desaparición se pierde una figura extraña en este siglo XX. (30)

La muerte aparecía en las páginas de su *Diario* como el cierre de un periodo y el inicio de otro. Justo en el momento en que comenzaba a experimentar las primeras manifestaciones de reconocimiento público a su trabajo. La etapa de aprendizaje había terminado...

### **Los primeros frutos de una larga cosecha**

Eran, efectivamente, días de cambio y reestructuración. La generación de su maestro Zertuche comenzaba a dar paso a las nuevas camadas de escritores y lectores, como la suya. El recambio repercutiría en la manera de concebir, leer, enseñar y practicar la literatura en la región, tal como lo expone Humberto Salazar en su ensayo *La crítica literaria en Monterrey*: “Con la aparición de la revista *Kátharsis*, en octubre de 1955, puede decirse que surge con toda claridad una nueva generación de escritores y artistas en el ámbito de la cultura regiomontana”. (Salazar, 1995: 85)

Tan sólo un año más tarde, en 1957, las prácticas intelectuales de Alfonso Rangel Guerra tuvieron alcances mayores, encaminadas hacia el establecimiento de una serie de acciones en aras de la profesionalización de los estudios humanísticos. He aquí algunos ejemplos: readecuación del formato (y contenido) de *Armas y Letras*<sup>8</sup>, promoción del ingreso a la facultad de Filosofía del filólogo español Juan Antonio Ayala y, más adelante, la configuración de la sección de Letras del *Anuario Humanitas*.

---

<sup>8</sup> A María del Carmen Millán le informó el 10 de febrero de 1958: “Otra cosa: nuestra revista *Armas y Letras* sufrirá una transformación total, pues ahora será una publicación trimestral, de formato encuadernable y con mínimo de cien páginas. Para el primer número he pedido colaboraciones a D. Alfonso, a Sergio y ahora a usted. ¿Puedo contar con ella? (2019: 289) Ante la misma invitación, Alfonso Reyes respondió el 12 de febrero: “A los amigos de Monterrey nunca se les dice que no en esta casa. aquí va, en 4 cuartillas escasas, una noticia caprichosa sobre ‘La longevidad de Goethe’, para *Armas y Letras*, y aquí van mis mejores votos para su nueva etapa que Ud. me anuncia”. (215)

El complemento de esta nueva etapa sería la especialización de los estudios. En 1858, Rangel Guerra tramitó una beca para estudiar literatura comparada en París. Su propósito, según se lo compartió a Reyes:

Sobre lo que quiero estudiar en París: Letras; concretamente, un curso de Estilística (que imparto en la Fac. de Fil. y Letras de N. L.). Además, si es posible en seminario o trabajo de investigación personal, estudios de literatura comparada (francesa y mexicana, siglo XX; esto limitado a la obra de uno o dos escritores, o quizá una generación, por ejemplo la de Contemporáneos). Considerando que también cubro el curso de literatura mexicana en la Fac. de Filosofía, ambos estudios tendrán aplicaciones en el trabajo que desempeño en la Universidad de Nuevo León. (2019: 210)

La estancia parisina le permitió experimentar el “ritual sagrado”<sup>9</sup>: visitar la capital de la Republica mundial de las Letras, como la llamó atinadamente Pascale Casanova. Además, las clases le proporcionaron herramientas teóricas útiles para sus nuevas empresas ensayísticas: una larga reflexión sobre la novela moderna que cristalizaría en el libro *Imagen de la novela*,

---

<sup>9</sup> A los pocos días de su retorno a Monterrey, Rangel Guerra le describió esta experiencia a Alfonso Reyes. La carta es del 17 de octubre de 1959, faltaban casi dos meses para la muerte del escritor regiomontano: “Ahora, en la tranquilidad de la casa, entre mis muebles y mis libros, he tendido un puente espiritual hacia aquella hermosa ciudad que me acogió durante tantos meses. ¿Cómo olvidar esa maravillosa experiencia que constituyó para mí la estancia en París? A cada momento surge en el recuerdo, y mi memoria la busca haciendo a un lado los lugares que conocí fugazmente. En este momento la máquina de escribir descansa sobre mi escritorio, donde tengo desplegado un gran mapa de la ciudad, y en mi última distracción -hace unos instantes- mi vista se detuvo en la Quai Voltaire, ahí donde está la casa donde el viejo Sylvestre Bonnard [protagonista de la novela *El crimen de Sylvestre Bonnard*, de Anatole France, publicada en 1881], acompañado de Amílcar, veía a través de las ventanas el Sena, sus puentes y el Louvre de los Valois. París es para mí una ciudad querida”. (233)

publicado en 1964. Los ensayos publicados esos años en *Humanitas*, *Armas y Letras* y *La palabra y el Hombre* (“El hombre en la novela del siglo XX”, “Los caminos de la novela”, “Los problemas de la historia de la literatura” y “Literatura y sociedad”, entre otros) muestran una madurez crítica notable: lectura profunda del fenómeno literario, capaz de esclarecer vínculos e iluminar tradiciones.

Las responsabilidades administrativas y académicas también aumentaron: entre 1960 y 1965, fue director de la Facultad de Filosofía y Letras, oficial mayor de la Universidad de Nuevo León, posteriormente secretario general y rector de la misma institución. Habían pasado diez años desde el comienzo de su *Diario*, en esa década el proceso de su formación intelectual fue paralelo al de la modernización de los estudios humanísticos en la región. Comenzaba ahora una nueva etapa, tanto para él como la Universidad, que buscaría, y conquistaría, su autonomía.

Tras la salida de la rectoría, Rangel Guerra se percató de que era momento de emprender otras empresas intelectuales. El 12 de marzo de 1965, le escribió a Sergio Fernández:

Hoy sólo me dedico a mis clases. Sin embargo, aunque la Facultad prosperó y aumentó sus maestros y sus alumnos en número considerable, se debate ahora en conflictos internos que perturban demasiado el trabajo docente. Hace cuatro años habíamos logrado crear un grupo de gentes dedicadas y serias que permitieron una superación efectiva de la Facultad. Ahora, ya todos se fueron y me pregunto si no haré yo lo mismo: después de todo, ya nada queda por hacer, y siento que aquí estoy perdiendo miserablemente el tiempo. Así pues, no sería remoto que un día me presentará en esa región de aire transparente y ya no me fuera. En fin, son solamente deseos y todavía no puedo precisar la decisión final. (370)





Para agosto de ese año ya se encontraba en la ciudad de México, a punto de asumir el cargo de secretario general ejecutivo de la Asociación Nacional de Universidades e Institutos de Enseñanza Superior (ANUIES); y, al año siguiente, comenzaría a dictar su curso de Teoría Literaria en la UNAM. Los días de la inicial formación intelectual habían quedado atrás.



## Fuentes consultadas

### Bibliográficas

Altamirano, Carlos: “De la historia política a la historia intelectual: reactivaciones y renovaciones”, en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, núm. 9, 2005.

Barrera Enderle, Víctor: “La investigación literaria en Nuevo León”, en Miguel Covarrubias (coordinador): *Biblioteca de las Artes, tomo I. Literatura*, Monterrey: Conarte, 2011, pp. 19-41.

\_\_\_\_\_: *Lectores insurgentes. La formación de la crítica literaria hispanoamericana (1810-1870)*, La Habana: Casa de las Américas, 2013.

Blanchot, Maurice: “El diario íntimo y el relato”, en *El libro que vendrá*, Caracas. Monte Ávila, 1969.

Casanova, Pascale: *La República mundial de las Letras*, traducción de Jaime Zulaika. Barcelona: Anagrama, 2001.

Gramsci, Antonio: *Los intelectuales y la organización de la cultura*, en *Cultura y literatura*, traducción de Jordi Solé-Tira, Barcelona: Ediciones Península, 1968.

Palti, Elías: “La nueva historia intelectual y sus repercusiones en América Latina”, en revista *História Unisinos*, vol. II, núm. 3, sept- dic., 2007, pp. 297-305.

Rangel Guerra, Alfonso: *Amistades literarias / Diálogos*, en *Obras*, volumen II, prólogo de Roberto Arizmendi, Monterrey: UANL, 2019.

Rama, Ángel: *La ciudad letrada*, prólogo de Carlos Monsiváis, Santiago de Chile: Tajarar Editores, 2004.

\_\_\_\_\_ : *Diario I, 1956-1993*, en *Obras*, volumen III, prólogo de Rogelio Arenas Monreal, Monterrey: UANL; 2020.

Reyes, Alfonso: “Voto por la Universidad del Norte”, en *Obras completas*, tomo VIII, México: Fondo de Cultura Económica, 1996.

Said, Edward: *Representaciones del intelectual*, Barcelona: Editorial Paidós, 1996.

Salazar, Humberto: *La crítica literaria en Monterrey (1880-1980)*, Monterrey: Facultad de Filosofía y Letras / UANL, 1995.